

El otro Jesús

Entre todos las pelusillas de musgo y hojitas de espumillón que siempre se caían al guardar apresuradamente el belén de un año para otro, apareció flamante el niño Jesús, que como de nuevo, sería la estrella del nacimiento. Las figuras tenían muchos años. Eran de mi padre, y antes de sus padres, y quizás alguna incluso de los padres de sus padres. Por eso cada figura tenía una historia y cada una era distinta: de plástico, de barro, cabezones, finos.. Conocíamos a todos los pastores, sus mujeres, las ovejas de cada uno y el nombre de los perros. Pero esta vez, nuestra sorpresa y decepción fue grande cuando comprobamos que nuestro niño Jesús de siempre se había quedado sin pies. Un mal golpe, había hecho que la figurita rosada quedara mutilada para siempre, porque resultó imposible encontrar dentro de la caja, entre ovejas y pastores, los dos piecitos helados que cada año parecían moverse cuando lo colocábamos en el belén hecho de manera bastante sencilla con cepas del monte. Mi padre se apresuró a comprar otro niño Jesús. Este era bastante más grande que el que habíamos tenido siempre, y vestía un pañal dorado que le colgaba a lo largo de los pies. No encajaba demasiado entre San José y María, que se les veía mucho más pequeños de lo normal al lado de aquel niño gigante, pero no quedaba mal del todo. La otra figurita rota quedó con el resto de gallinas y romanos a los que algo les faltaba, en el fondo de la caja, sabiendo que ya nunca saldría de ella. Terminamos el belén como siempre, esparciendo harina entre las hierbas y por encima de la cepa que les servía de cueva. Y también sobre el río y los campos de arena. Al final, todo había quedado casi exactamente igual que el resto de años. Nadie se percató de que nada sucediera a lo largo de la semana previa a la Nochebuena en el que el belén estuvo colocado y se alimentaba de postales que recibíamos en casa felicitando las fiestas y el año nuevo. Pero algo había cambiado. Al llegar el 24 de diciembre, tras la cena, cuando nos acercamos al mismo para cantar villancicos como era habitual, rápidamente nos dimos cuenta de que, junto al flamante niño Jesús recién comprado, estaba el antiguo mutilado. Grande y pequeño. Juntos, como dos hermanos. Alguien de la familia pensó que había bebido demasiado y por eso veía doble. Y el abuelo, escandalizado, hizo además de quitarlo inmediatamente pues afeaba la exposición de figuritas y no seguía las pautas normales de cualquier nacimiento. Pero los niños nos negamos y rápidamente inventamos la posibilidad de que ese año la Virgen hubiera tenido dos niños, y, como en la vida real, uno de ellos no fuera perfecto. Aún así, ese Jesusito sin pies, condenado a no andar nunca ni levantarse, seguía siendo el niño Jesús que más nos gustaba, el más bonito. Y es que ese niño tenía nuestra alma y el corazón de nuestra casa. Mi madre, casi con lagrimitas en los ojos, se adoptó a la nueva situación rápidamente y comenzó a cantar: “25 de diciembre, fun, fun, fun... dos niñitos han nacido en el portal de belén, con sus caritas de rosa, parecen flores hermosas, fun, fun, fun”. Y la música hizo que todo fuera normal, tanto que a partir de aquel año siempre salen los dos niños Jesús a compartir pajas y protagonismo, haciendo las navidades en nuestra casa especiales y distintas, como lo somos cada uno de nosotros.

Ana Soriano Valdés
Fech. Nac. 14-11-1999
C/ La Virgen, 7-5ºB
Villena
(Alicante)

Tfno. 606239391
e-mail anamos68@hotmail.com